

La cuaresma de la mano de Teresa de Jesús

La cuaresma se propone como un tiempo de conversión, reflexión, preparación y arrepentimiento. Esta comienza desde el miércoles de ceniza y concluye el jueves santo antes de la misa vespertina de la cena del Señor (Mysterii Paschalis, 28). El color de este tiempo es el morado, ya que este simboliza la espera, la penitencia y el perdón.

Se propone, entonces, durante este tiempo: un camino de escucha de la palabra, oración y compartir; es decir, somos invitados a vivir una serie de actitudes, no de manera superficial, sino, de forma vital y existencial.

A lo largo de este tiempo se intenta recuperar el estilo verdadero de los creyentes como hijos de Dios. Por ello, hemos de arrojarnos al corazón misericordioso de Dios y alejar de nosotros cualquier tipo de sentimiento negativo, que, en términos teresianos es “pestilencia” (Camino de perfección 7, 11; Vida 31, 21); apreciar la cruz como el camino de Jesús “Oh Bandera, en cuyo amparo / el más flaco será fuerte / Oh vida de nuestra muerte...” (Poema teresiano Cruz, descanso sabroso); y aprender a tomarla con alegría para alcanzar la resurrección plena en él mismo.

Las prácticas llevadas a cabo en este tiempo son el ayuno, la oración y la limosna. Las cuales deben ser con una apertura de corazón para ser verdaderamente renovados; Teresa es muy clara al referirse a estos actos y medios, pues “de devociones a bobas nos libre Dios” (Vida 13, 16). Entonces, en el espíritu de Teresa, ¿cómo deben practicarse el ayuno, la oración y la limosna?

1. El Ayuno

En el Carmelo teresiano, el ayuno tiene una perspectiva muy clara: deja de ser una mera forma de privarse de algo, “Porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas...” (Vida 13, 4a) y se convierte en un verdadero favor de Dios y una entrega generosa al hermano “...que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder la devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello...” (5M 3, 11)

2. La Oración

De igual manera, la oración, que no es un esfuerzo por salirse del mundo sino que es “un no estimar honra, un no estar atado a la hacienda” (Vida 13, 4); que en otras palabras, es arrojarse en Dios, es decir, buscar esa “soledad infinita” en compañía de quien nos ama (Vida 13, 4b) Así pues, La oración se vuelve en una apertura a Dios, convirtiéndose en un trato cercano, cotidiano (Vida 7, 12), y una

entrega generosa; en otras palabras un “tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama.”(Vida 8, 5).

3. La Limosna

Por ultimo, siguiendo de cerca a Pablo, Teresa de Jesus entiende la caridad como una donación completa de sí misma; pues “si repartiese todos mi bienes... sin caridad, de nada sirve” (1 Cro 13, 3). Entonces, la limosna no solo es de forma pecuniaria sino que se dedica a prestar atención a quien más lo necesita; pues “obras quiere el Señor...”(5Moradas 3, 11); por lo cual, en el Carmelo teresiano, se vuelve en un Procurar apiadarse de las necesidades de los otros (Camino 7, 7).

En palabras de la Santa: “¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejado su provecho por los de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes y guardar con gran perfección su Regla! Mejor amistad será ésta que todas las ternuras que se pueden decir...” (Camino 7, 8) Es decir, la limosna es entregarse por completo.

En fin, la invitación es clara en este tiempo de Cuaresma, es necesario un cambio de vida como respuesta al llamado de Cristo, un cambio radical: un amor y una entrega generosa, viendo en el ayuno la mejor forma de ayudar a quien más lo necesite, en la oración buscando las fuerzas y la entrega para poder donarse a si mismo; y en la limosna, que no es otra cosa sino donarse a sí, hacerla en provecho de los demás.

Oración

¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo y me veo de esta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien os sufre que estéis con él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío! ¡Cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición y tan de mientras le sufrís Vos la suya! ¡Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido! He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad: los malos, que no son de vuestra condición, para que nos hagáis buenos con que os sufran estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos de mundo, como yo hacía.

Por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía, miráis que en esto a los principios no pueden más, ni después algunas veces; forzáis vos, Señor, los demonios para que no los acometan y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáisselas a ellos para vencer. Sí, que no matéis a nadie -¡vida de todas las vidas!- de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo; sino sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáisla al alma. Amén.

(Vida 8, 5 – 6)